

## R.P. Miguel Angel Fuentes, IVE

### EL PREDICADOR

*Nunca hombre alguno habló así (Jn 7,46)*

Desde el principio de su ministerio Jesús se presenta como "el Predicador". Él mismo dice que "ha sido enviado" para anunciar la Buena Nueva del reino de Dios (cf. Lc 4,43). A diferencia de Juan el Bautista, que enseñaba a orillas del Jordán, en lugares desiertos y esperando a quienes buscaban su palabra, Jesús sale al encuentro de aquellos a quienes Él debe anunciar la Buena Nueva. Es la continuación del dinamismo de la Encarnación por la cual Dios va hacia los hombres. Recorría toda la Galilea enseñando en las sinagogas, dice Mateo (4,23); y san Lucas añade que iba por ciudades y pueblos (8,1). No se restringió al pueblo de Israel; el Evangelio también menciona la región de Tiro y Sidón, o sea, Fenicia (cf. Mc 7,31), y también la Decápolis denominada como la región de los gerasenos (cf. Mc 5,1).

El contenido de su enseñanza se sintetiza en una expresión: el Evangelio o Buena Nueva. Es el anuncio del cumplimiento del tiempo mesiánico, de las promesas antiguas y de la llegada del reino de Dios (cf. Mc 1,15). Es un anuncio que plantea a quien lo oye exigencias esenciales de naturaleza moral; indica la necesidad de renunciaciones y sacrificios, relacionándose así con el misterio de la cruz. El centro de su mensaje se resume en las Bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-11), que precisa de la manera más completa la clase de felicidad que Cristo ha venido a anunciar y revelar. De éstas ha dicho Fray Luis de Granada: "...El que desea y suspira por la perfección de la vida cristiana, el que quiere ser grande en el reino de los cielos, el que desea ser verdadero discípulo de Cristo y que quiere ser perfecto como su Padre, que está en los cielos, lo es, ponga los ojos en este espejo del Evangelio y en todos los consejos y palabras de Cristo... Y no es menester para esto gastar mucho tiempo ni revolver mucho los libros, porque en solas ocho palabras de San Mateo está sumada muy gran parte de esta perfección"<sup>[1]</sup>.

En la predicación de Cristo resalta también el hecho de que Él intenta transmitir su mensaje sobrenatural adecuándose a la mentalidad y cultura de sus oyentes. Jesús conocía la cultura y la tradición de su pueblo, sus modos de pensar y expresarse, sus cualidades y sus límites. Por eso, a menudo da a las verdades que anuncia, la forma de parábolas: Todo esto dijo Jesús en parábolas a la gente, y nada les hablaba sin parábolas, para que se cumpliese el oráculo del profeta: 'Abriré en parábolas mi boca, publicaré lo que estaba oculto desde la creación del mundo' (Mt 13,34-35).

También hay que destacar en la misión de Cristo Predicador que Jesús no sólo anunciaba el Evangelio, sino que Él mismo se hacía Evangelio. No es sólo una palabra pronunciada la que escuchaban sus seguidores sino una Palabra Encarnada. Jesús se identificaba con lo que decía, lo practicaba y lo vivía. Por eso sus palabras eran palabras de vida: Tú tienes palabras de vida

eterna, confiesa Pedro (Jn 6,68).

Nunca un hombre ha hablado como Él, confiesan los espías enviados por sus enemigos (Jn 7,46). Tanta es su fuerza que aquellos que son enviados "para apresarlo" son convertidos si no en seguidores, al menos en admiradores. No a causa de sus milagros sino por su doctrina; no por muchas palabras sino por pocas (su elocuencia no se basaba en los largos discursos que terminan agotando la resistencia del oyente sino en breves y concisas expresiones llenas de vida). Como se expresaba San Agustín: "Tanto es el atractivo de Cristo, que muchos que no creen en Él lo alaban... Es amado por todos, celebrado por todos, por la unción excelente que tiene; por eso es Cristo"[2].

De aquí deducía Santo Tomás algunas de las características de la palabra de Cristo, que tiene por ser, Él mismo, el Verbum Dei, la Palabra de Dios.

Primero, es poderosa para conmover. ¿No es mi palabra como el fuego – oráculo de Yahvéh– y cual martillo que tritura la roca?, dice Dios por boca de Jeremías (23,29). Y de Jesús se dice en cumplimiento de esta profecía: Enseñaba como quien tiene poder y no como los doctores [de los fariseos] (Mt 7,29).

Segundo, es sabrosa para producir consolación. Como dice el Esposo del Cantar: Dame a ver tu rostro y hazme oír tu voz. Que tu voz es dulce y encantador tu rostro (Ct 2,14). Y del Salmo podemos tomar aquellas frases: ¡Cuán dulces son al paladar tus palabras, más que miel en la boca! (Sal 118,103).

Finalmente, son útiles para atrapar y no dejar ir al que las escucha, porque promete los bienes eternos. Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna (Jn 6,69). O como dice Isaías: Yo soy Yahvéh, tu Dios, que para utilidad tuya te enseña (Is 48,17).

Como escribió Chesterton hablando de ese "estilo... lleno de camellos que pasan por el ojo de una aguja y de montañas que se precipitan en el mar": "las cosas que Cristo ha dicho son siempre gigantescas"[3].

*(Tomado de su libro INRI Cap IX, EVE San Rafael, Argentina.)*

[1] Fray Luis de Granada, *De la Vida Pública de Nuestro Señor*, Libro III; en: *Obra Selecta*, B.A.C., Madrid 1947, p. 784.

[2] San Agustín, *Enarraciones in Psalmo 103*.

[3] G.K. Chesterton, *Ortodoxia*, en: *Obras Completas*, Plaza y Janés 1967, T. 1, p. 659.